



## FORTALEZAS Y DESCALABROS EN EL AÑO DEL CARNERO

EUGENIO ANGUIANO ROCH  
*Coordinador*  
*Programa de Estudios APEC*  
*El Colegio de México*

La región asiática del Pacífico vivió en 2003 —año del carnero, según el calendario lunar— una notable bonanza comercial y financiera, junto con algunos descabros que afectaron a varios países y con la presencia de rezagos sociales y políticos en otras economías del área.

Comenzando con los tropiezos, destaca la epidemia del llamado síndrome respiratorio severo agudo (SARS, por sus siglas en inglés), que brotó en el sureste de China y de allí se expandió a muchas otras partes de Asia oriental y sudoriental e incluso a otras regiones más alejadas de Asia, como Europa y América del Norte, en particular Canadá. Se trata de una enfermedad extraña y novedosa cuya identificación plena tomó varios meses. Se requirieron el tiempo y los esfuerzos colectivos de varios gobiernos y de la Organización Mundial de la Salud (OMS) para combatirla y desarrollar antídotos.

La epidemia causó unas 800 muertes y de acuerdo con las cifras de la OMS (véase detalles en el capítulo de “Taiwan”) sólo en China hubo 5 329 casos y 334 decesos. Hong Kong fue la segunda entidad más afectada —1 747 casos y 283 muertes— seguida de Taiwan y Singapur. La virulencia de la enfermedad provocó una notoria contracción del turismo hacia las zonas más afectadas, ausentismo laboral, cierre temporal de escuelas, gastos de emergencia en salud, campañas de prevención y educación, etcétera.

A fines de abril se calculaba que el daño económico rondaba la cifra de 10 600 millones de dólares estadounidenses, repartidos entre varias econo-

mías, que ordenadas del mayor al menor costo monetario son: China, Corea del Sur, Hong Kong, Japón, Singapur, Taiwan, Malasia, Tailandia, Indonesia, Filipinas y Vietnam.<sup>1</sup> Al finalizar el año el impacto negativo del SARS rebasó esa estimación, aunque la epidemia fue prácticamente contenida a partir de julio. No obstante, en varios casos el producto interno bruto fue negativo durante el segundo trimestre del año en comparación con el trimestre similar de 2002, como Singapur con -4.2%, Hong Kong -0.5% y Taiwan -0.4 por ciento.<sup>2</sup>

La epidemia también causó estragos políticos, en particular en China, donde se originó. Inicialmente su nuevo liderazgo y su gobierno trataron de ocultar la gravedad de la enfermedad, pero al advertir que esto resultó contraproducente en la opinión pública regional y mundial, se hicieron las depuraciones del caso para evitar que el dedo acusador señalara a algunas autoridades de primer rango; de todas maneras cayeron cabezas importantes, como la del recién nombrado ministro de Salud y la del alcalde de Beijing, ambos miembros del Comité Central del Partido Comunista electo en noviembre de 2002.

Por las mismas fechas en que la crisis del SARS predominaba en el escenario asiático, un fenómeno extrarregional hacía su aparición, también con efectos negativos sobre las inversiones, el turismo, el comercio y la economía de la región: la invasión de Irak. En cuanto a la política, esa aventura bélica angloamericana obligó a los países más significativos de Asia del Pacífico a definirse entre la pasividad o la adopción de posiciones de apoyo o censura a Estados Unidos.

China, miembro permanente del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, resistió las presiones de Washington y Londres que la instaban a convalidar la guerra contra el régimen de Saddam Hussein, pero finalmente, al igual que Francia y Rusia, los otros dos miembros del Consejo de seguridad que se oponían a la acción contra Irak, no tuvo que enfrentar la disyuntiva entre votar en contra de un proyecto de resolución angloamericano o aceptarlo, porque éste nunca se presentó: simplemente Estados Unidos y Gran Bretaña, con la presencia de España, decidieron en una reunión en las Azores atacar al gobierno iraquí.

Japón respaldó a Estados Unidos, e incluso el primer ministro Junichiro Kaizumi logró un apretado triunfo en la Cámara de Consejeros de la Dieta,

<sup>1</sup> Véase el capítulo dedicado a Taiwan.

<sup>2</sup> *The Economist*, 4 a 10 de octubre de 2003, p. 102.

que aprobó con 136 votos a favor y 102 en contra el envío de mil soldados japoneses para acciones humanitarias y de mantenimiento de la paz en Irak. Al terminar el año ese envío todavía no se había materializado.

En otros países hubo diversas reacciones respecto a la guerra de Irak, aunque prevaleció la precaución, y muchos gobiernos prefirieron mantener una actitud de discreta evasión dada la impopularidad del conflicto, en especial entre las comunidades musulmanas de la región. Indonesia y Filipinas que enfrentaron actos de terrorismo dentro de sus territorios, y el gobierno de Manila que combatió al Frente Islámico Moro de Liberación, evitaron cualquier activismo para apoyar la intervención de países amigos en la antigua Mesopotamia.

Fue importante el impacto de la crisis de Irak en la Península de Corea, ya que el gobierno de la República Democrática Popular (RDPC) reaccionó con encono ante la retórica agresiva del presidente George W. Bush, quien mucho antes de la invasión a Irak había identificado como enemigo de su guerra contra el “terrorismo de alcance global” y los estados que lo protegen, a un supuesto “eje del mal” integrado por Bagdad, Teherán y Pyongyang.

Corea del Norte aprovechó sin duda la circunstancia para crear condiciones críticas en la península, la región y el mundo (una especie de política del *brinkmanship*). Primero anunció su decisión de retirarse del Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares (TNP) debido a la amenaza que para su seguridad representaba Estados Unidos, y luego hizo saber a la opinión pública, utilizando varios medios, que estaba en condiciones de producir armas nucleares y que su programa de enriquecimiento de combustible quemado en su planta núcleoeléctrica de Yongbyon arrojaría en el corto plazo suficiente plutonio para la fabricación de 8 ojivas nucleares.

Estas manifestaciones del gobierno de Pyongyang, que muchos analistas consideraron una mera táctica para tensar las relaciones regionales e internacionales con el fin de obtener más recursos del exterior, prolongaron una crisis que comenzó en octubre de 2002, cuando los norcoreanos expulsaron a los inspectores del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) y suscitaron nuevas dudas sobre sus verdaderas intenciones en cuanto a poseer o no una real capacidad bélica nuclear; de ser éste su verdadero objetivo se pondría en serio peligro el *statu quo* en la región.

Corea del Norte exigió negociaciones bilaterales con Estados Unidos y un eventual acuerdo de no agresión, pero Washington rechazó ambas pretensiones y pidió que continuaran las pláticas entre los seis países involucrados

en el proyecto de desarrollo de las fuentes de energía para usos pacíficos en la República Democrática Popular a cambio del desmantelamiento total, y comprobado por inspectores de la OIEA, de su programa para la obtención de armas nucleares.

Luego de varios meses en que se suspendieron las conversaciones entre los seis países —Corea del Norte y del Sur, Estados Unidos, Japón, China y Rusia—, gracias a la mediación de los dos últimos, en especial de China, logró desactivarse un poco la tensión, y en agosto se reanudaron las pláticas en Beijing entre altos representantes de los seis gobiernos. La denominada “crisis nuclear” está lejos de haberse resuelto, pero ha entrado a una etapa de “baja intensidad”, entre otras razones por la presión que Beijing ejerció sobre su amigo y aliado Kim Jung-Il, y porque Washington tuvo que disminuir su retórica provocadora para desinflar la presión que había contribuido a elevar.

Aparte de epidemias y fricciones políticas hubo algunos incidentes menores en cuanto a su efecto sobre la estabilidad política regional, pero 2003 fue básicamente un año pacífico, aunque con atentados terroristas en Indonesia, Filipinas, Laos y Camboya, con fricciones entre gobiernos —por ejemplo, los de Tailandia y Camboya— y con represiones políticas en el interior de algunos países, como el nuevo arresto de la activista por la democracia y premio Nobel de la Paz, la birmana Aung San Suu Kyi, etcétera.

Por otro lado abundaron los hechos positivos e incluso de orgullo nacional, como el lanzamiento por parte de China de su primer astronauta. En Malasia terminó la era de Mahatir Mohamad, quien se retiró del poder y lo transfirió en forma institucional y pacífica después de ejercerlo por 22 años. En fin, en la República de Corea comenzó un nuevo gobierno, el de Roh Moon Jun, con todo el optimismo que despierta la llegada de un hombre joven al poder (con 56 años es el presidente más joven de los 16 que ha tenido Corea del Sur) y proveniente de la oposición, pero que hacia finales del año enfrentaba numerosos escándalos y derrotas parlamentarias.

No obstante todo lo descrito, quizá la característica más notable de la región sea que en 2003 se hizo más evidente que en años anteriores la tremenda fortaleza comercial y financiera de la misma, vista en su conjunto, aunque las locomotoras sean unos pocos países o economías. Cinco de ellos sumaban al finalizar el año reservas oficiales internacionales —excepto oro monetario— por la impresionante suma de 1 635 miles de millones de dólares, buena parte de ellos en bonos soberanos de Estados Unidos (Bonos del Tesoro de ese país). La distribución de esas reservas era así (en miles de

millones de dólares estadounidenses): Japón, 740; China 403; Taiwan, 215; Corea del Sur 157, y Hong Kong, 120.<sup>3</sup>

Esa fortaleza financiera —criticada por muchos en Estados Unidos y Europa porque es resultado de políticas neomercantilistas— se traduce, entre otras consecuencias, en que cinco economías asiáticas poseen una gran parte del pasivo soberano de Estados Unidos, y si por cualquier circunstancia decidieran vender súbitamente sus bonos de tesorería estadounidenses, provocarían un colapso de los precios de estos bonos en los mercados secundarios de valores. Y viceversa, la adquisición de esos valores por los bancos centrales asiáticos ha proporcionado estabilidad al precio de los bonos en momentos en que prevalecen bajas tasas de interés en el mercado mundial.

<sup>3</sup> *The Economist*, 28 de febrero a 5 de marzo de 2004, pp. 97-98.